

para significar la vejez, como es decir que se «disipará la alcaparra» para expresar la falta de apetito en los viejos, y llama «cuerda de plata» quizá á la espina dorsal y «venta de oro» no sé á qué, después de llamarse sabio á boca llena, cierre su discurso así: «teme á Dios,» diciendo que esto es el alfa y el omega de la sabiduría. Lo extraño es que aún haya tontos en el mundo que paguen el culto y cléro que estas cosas explota, y que á título de esta explotación, en que van á la parte cientos de pillines, que he conocido hechos unos perdidos en su juventud y en la mía, los vea yo ahora en esas mismas iglesias, donde tantas picardías hicieron, besar las losas compungidos, atracarse de rezar y besar la mano á los jesuitas. ¡Tunarras! ¡Devolved á los pobres que habéis explotado los miles de duros que amontonásteis en una vida de avaros y crapulosos, y dejáos de hacer los necios catolizantes! ¡Si á nadie engaña vuestra hipocresía! ¡Si oyérais los horrores que de vosotros me dicen los sencillos adoradores de la justicia!

CVIII

EL CANTAR DE LOS CANTARES

Si hubiera Dios, cosa que me tiene perfectamente sin cuidado averiguar, le rogaría, ahora que, comenta comentando, y, poniendo en caricatura la Religión de nuestros venerandos abuelos, que de todas las humanas instituciones es la más ridícula, he llegado á EL CANTAR DE LOS CANTARES, «el cual es de Salomón,» le rogaría—repito—que me tuviera de su mano y pusiera tiento en mi pluma, en el caso, que dudo, de que Dios tuviese mano ó fuese aficionado á tientos, cosa de manipulación también; por más que alguno conozco yo muy de cerca, tan dado á la tentaruja, que de noche, en diligencia y buena compañía no perdió ocasión, si le dieron pie, de

emplear los pies mismos, desprovistos de botas, al propósito, en tentamientos más ó menos católicos, quiero decir, universales; porque esos sandios de apostólicos romanos integristas y católicos, hoy á la greña, le van comiendo la significación á su nombre de católicos hasta el extremo de que, ni el mismísimo Roque Barcia, el del están verdes de Cartagena, fuera capaz por las etimologías de sacarle la punta de su universalidad al catolicismo.

Y, si digo que rogaría á Dios que pusiera tiento en mi pluma, ¡vive Dios! (y ve, lector, como abusando del deísmo, caigo en obligada cursilería) ¡Vive Dios! que no lo haría por miedo á los fiscaletes de imprenta, genticilla de que se me da una higa, ni más ni menos que de los arzobispos, y que de cualquier pobrete que, no sabiéndose ganar el pan en un trabajo independiente, hace de la conciencia un comodín con sueldo para poder llevar á su mujer con sombrero y él mismo gastar guantes pudibundos que le tapen las manos, en que á poco que se repare se advierten nigromáticamente señales indelebles de que adularán esotro día la República como adulan hoy la monarquía, esto es, á razón desde dos pesetas á cinco dures diarios, «todos los días.»

Porque discurro yo, y obro en consonancia de este discurso, que mi libertad de escribir no depende, desde Sagasta á un fiscal, que cualquiera que él sea puede considerarse el último, de ningún ministerial nacido, sino de esta voluntad mía inquebrantable de decir la verdad, tal como yo la entiendo, á cuento y riesgo previstos de denuncias, fianzas, encarcelamientos y destierros, en que si por acaso me viera, escribiría también, y, en tonos tales, ¡vive Dios! otra vez, que con *la linterna* de Rochefort había de alumbrar hasta los retretes del Palacio Real, de modo que si piensa *alguno* que, con denuncias injustificadas, como las del número anterior de *Las Dominica-*

les, en que se pedia buen aguardiente para los buenos bebedores españoles, y no el malditísimo menjurje que nos dan los alemanes, me han de encoger los ánimos, aviado está ese *tal*, y *cual*, sea *jiscal* ó *general*, *monumental* admirador del *imperial amineal*, que produce cada modorra filosófica, que el bebedor de ello sueña con virgenes que paren, burras que discursen, santos que predicán á los peces, cerdos consagrados y obleas con hombres dentro, ni más ni menos que un católico huero de los pocos que van quedando en uso.

Si yo pidiera á Dios tiento para mi pluma, sería en honra y decencia del público que se digna reirse conmigo en estas *Notas* de la sagrada escritura; pues si á los señores fiscales, y al ministerio que los paga, y á la monarquía que libérrimamente elige sus ministros no temo disgustarles, al pagador universal y un poco *stultus*, como el conde D. Gil de *El mo. tnero de Subiza*, que es el pueblo, le tengo un tan profundísimo respeto y un tan grandísimo amor, que antes que ofenderle prefería hacer un viaje de recreo por mar, como el que me acaba de salir el último que he hecho, en que he pasado catorce aburridas horas envuelto en tan espesa niebla, que ni atrás ni adelante nos fué posible tirar, como les pasa á esos desventurados que ni se atreven a declararse librepensadores, ni cuando comulgan, *una vez al año*, sienten que pase más que pan, y eso escaso y pegajoso, por sus gañotes.

Más que arte náutico, más que pericia, más que atrevimiento para navegar entre bajos y escollos con densa niebla, se necesita de arte de bien decir, de destreza y resolución para comentar sin caer en pornografías asquerosas, de esas que algunos mentecatos toman por naturalismo, *El Cantar de los Cantares*, en que Salomón derramó toda la lujuria que le hizo casarse tantas veces y de añadidura tener un serrallo con mil y qui-

nientas concubinas de varios pelos, tipos, colores y figuras. Afortunadamente, los grandes escritores de nuestra lengua, Cervantes, Quevedo, Calderón, Lope de Vega, Tirso de Molina, tienen acostumbrado nuestro pueblo á una encantadora libertad de lenguaje; pero como mi pluma humildísima de pobre metal de hierro no vuela por las alturas en que se cernieron las águilas de que arrancaron las suyas aquellos sublimes ingenios, temo y tiemblo de tocar estas delicadas materias salomónicas, prometiéndome á mí mismo hacer un esfuerzo, cuán grande me sea posible, para no ofenderte, ni siquiera ruborizarte, lectora honesta, sin dejar por esto de advertirte lo preciso para que nunca vuelvas á llamar santo, ni inspirado, ni siquiera decente el libro de la *Biblia* de que sacan los curas su pitanza, ni respetes más esa Iglesia que jamás debió canonizar este erótico epitalamio de los *Cantares*; que, por otra parte, desencuadrado de la *Biblia* y como obra puramente literaria es cosa grande y admirabilísima, que cautivó las almas de todos los grandes poetas, comenzando por el bueno de Fray Luis de León, á quien solamente el traducirle en excelente castellano le valió diez años de encierro en los calabozos de la Inquisición, ni más ni menos Santa que la *Biblia* y la Iglesia mismas, su madre y abuela legítimas respectivamente.

Esta desventura literaria del egregio cantor de «La Profecía del Tajo», debe persuadir á todo español de ambos sexos, mayor de edad, que no sea tonto, que el primer poeta de su tierra ya despuntó hacia el librepensamiento, y que la inquisición y el catolicismo son los enemigos naturales del genio, de la ilustración y de la verdad; pues si á Fray Luis le castigaron con diez años de cárcel, el crimen de traducirnos, ó lo que es lo mismo, hacernos entender el *Cantar de los cantares*, es porque el catolicismo y la inquisición sabían ya en el siglo XVI (¡qué no sabrán de

esto en el XIX!) que el que entiende en castellano limpio una vez las gerigonzas bíblicas, hace lo que yo, se ríe de ellas y cierra con siete candados la bolsa de los dineros á los curas que los explotan en macarrónico latín.

Ahora debiera entrar en la dulce y suave materia de los besuqueos con que comienza el cantar; pero se ha hecho tarde, el correo que ha de llevar esto á Madrid está recogiendo ya, y será bueno dejarlo para otro día, cerrando esta especie de prólogo con una advertencia en honor de mi ilustrado y querido amigo, gran conocedor del hebreo y del castellano, abogado, poeta y periodista valientísimo, Francisco Rodríguez Marín, que en Osuna ha dejado últimamente baldada á la Academia, analizando discretísimamente el Diccionario.

Tuvo él á bien advertirme á su tiempo que quizá yo erraba, no advirtiéndome á mis lectores las excelencias literarias de la *Biblia*, ni las mil y un barbaridades que, así los concilios que la canonizaron en latín como los torpes traductores que la han vertido al castellano, han hecho decir á los textos hebreos. Díjele yo que no era este el objeto de estas NOTAS, ni el asunto materia más que para entretener á un par de docenas de hebraizantes que habrá en España, los cuales también, fuera de los nueve son unos hebraizantes de chicha y nabo. Convino en ello con más datos que yo, y no hace mucho me envió una hermosa traducción que ha hecho en verso del *Cantar de los cantares*, porque le doy las gracias, lo cual me prueba otra nueva pijotería de la *Biblia*, muy risible por cierto, y es que ni el diablo en forma de filólogo es capaz de averiguar por la letra castellana lo que el Espíritu Santo dijo en hebreo. Yo, que donde las pillo las mato, ovidando ciertos estudios en que malgasté algunos meses, pues que á los castellanos veo explotados por la palabra de Dios, en castellano quiero solamente reir-

me de ella, para descatalogación de incautos, y que Rodríguez Marín pruebe á los doctores que se dan tono enseñando hebreo, que buena falta les hacía ir á Osuna para aprenderlo de un viejo que allí reside cubierto de canas y de respeto.

CIX

Ya el bueno de Pepe Navarrete, en el prólogo de su hermosa novela *Maria de los Angeles*, dijo lo que yo ahora tengo que contar, quitándole originalidad á esta anotación general del *Cantar de los cantares*. Pero como lo bueno nunca se hace viejo, ni los embolismos católicos perderán su originalidad mientras exista el presupuesto del culto y clero, que *velis nolis* pagamos por trimestres vencidos, sábet, lector, que las monjitas de uno de esos aristocráticos colegios en que los jesuitas sacan el redaña á las familias catolizantes, y así mismo se proporcionan conveniencias de futuro y recreaciones de presente, al enseñar á sus discípulos de 14 primaveras los mandamientos de la ley de Dios, introducían honestamente en ellos la siguiente variante:

Al sexto *ju, ju, ju*,
que hacía á las niñas guñar el ojo entre ellas como yo quisiera que le guñaran conmigo, y explayarse más tarde en sabrosísimas pláticas aclaratorias del *ju, ju, ju*. que una vez que las oí quedé regostado para toda la vida de oirlas: pues constituyen una especie de sinapismo erótico de lo más eficaz que inventó jesuita para acabar con algún viejo con testamento cerrado en favor de la compañía.

Pues bien, lector discreto, lo que las monjitas de esta historia hacían con el sexto mandamiento, han hecho los concilios con el *Cantar de los cantares*. El él se buscan, se encuentran, se besan, se abrazan, se duermen las siestas y de noche juntitos dos recién casados; se pintan estas

cosas naturalísimas con sus naturales colores; una elocución poética las abriga y acalora, haciendo decir á la esposa y al esposo atrocidades amorosas... y los comentaristas católicos quieren que todo esto sea místico, profético, encáristico y no sé cuántas necedades más, y como las monjas del *ju, ju, ju* leen, donde dice esposo *Jesucristo* y donde dice esposa *Iglesia*, con lo cual se arma un lío comentarista de mil demonios; pues varios siglos antes de nacer Jesús y de que se inventara la Iglesia, ya esta damisela y aquel caballero, disfrazados al efecto de pastores, descalzos de pie y pierna, ibanse de cerro en otero buscándose y atrapándose furiosamente, y diciéndose en las ausencias chicoleos capaces de encender las frías entrañas de un padre jesuita, de la clase de mastuerzos, elegida entre los babiones de la especie de José, el que dejó la capa á la mujer de Putifar.

Bajo el supuesto de los que se sanean y duermen las noches juntos, son Cristo y su Iglesia, siglos antes de que se inventaran, los curas no tienen el más pequeño inconveniente de que lean las doncellas este epitalamio de Salomón, cosa muy propia para disgustarlas con su estado. Antes por el contrario, los besuqueos y apretones místicos y proféticos de este *Cantar de cantares* les parecen de perlas para disponer las almas á la castidad católica, que es una señora indocumentada que ha llenado los hospicios é inclusas de chiquillos; entreteniéndose algunos de ellos, á título de doctores, en ponerle comentarios con sal y pimienta, como si el guisado fuera de suyo insulso, tantos y tales á través de los siglos del disparatar católico, que podría con ellos cargarse un tren incendiario de la pasión amorosa, y venderse cara la mercancía entre los viejos escrupulosos, como aquel tuno de Fernando el Católico cuando se casó en segundas con la famosa doña Germana de Foix.

Mas, dejándome de arrumacos y advertencias, entraré en el texto, que él se explica de por sí con claridad que alumbra todos los entendimientos lo bastante para poder distinguir hasta dónde llegan las picardías eclesiásticas.

Comienza hablando la esposa, la novia, á quien se le ha ido el marido á picos pardos; y la pobre-cilla, muy necesitada, exclama:

«Bésemelo con el beso de su boca: porque mejores son tus pechos que el vino, fragantes como los mejores ungüentos. Oleo derramado es tu nombre: por eso las doncellas te amaron. Tráeme: en pos de tí correremos al olor de tus ungüentos. Introdújome el rey en su cámara: nos regocijaremos y alegraremos en tí, acordándonos de tus pechos mejores que el vino: los recetos te aman.»

¿Hay alguna alma tan cándida que en el *ju, ju, ju* de esta esposa vea la Iglesia? ¿Queda por ahí algún tonto pretencioso de católico, que en esta buena señora que pide á su marido *el débito* con tales extremos, aficionadilla al vino, como se deduce de la comparación de los pechos, y dada á la perfumería como deja sospechar lo del óleo derramado, vea pintada la Iglesia? Pues si queda, la esposa misma, que se retrata á sí misma, le graduará de tontera, en estas palabras que dice:

«Negra soy, pero hermosa, hijas de Jerusalem, así como las tiendas de Cedar, como las pieles de Salomón. No me consideréis que soy morena, porque el sol me estragó el color: los hijos de mi madre lidiaron contra mí, pusieronme por guarda de viñas: mi viña no guardé.»

La que habla, pues, no sólo dice que es una mujer apasionada vehementemente, sino que da una buenísima razón de serlo; su color moreno y su modestísimo oficio de guarda de viñas, donde el abuso de las uvas suele sobreexcitar los temperamentos. Además, con un retintín encantador,

mas no para mí, que en ello no tuve parte, ni para Cristo tampoco, que no resultó aficionado, exclama: *mi viña no guardé*, viña que el bueno Fray Luis de León nos explicó que no da racimos, pero se roba á las doncellas poco cuidadosas, como las de este epitalamio.

Después del besuqueo y de explicar quién es la esposa, ó si se quiere, la santa iglesia católica, en forma de una monja andariega y buscona, dice, preguntando:

«Muéstrame tú á quien ama mi alma, dónde »apacientas, dónde sesteas al mediodía, para que »no comience á vaguear tras los rebaños de tus »compañeros.»

La cosa es clara, pregunta por su marido para irse á dormir con él la siesta. Como si la monja preguntara por el lugar en que sesteas un canónigo. Esto quieren los intérpretes del *ju, ju, ju* que signifique la Iglesia preguntando por su pastor Jesucristo: es lo mismo que si yo quisiera que doña María Cristina, reina regente á la sazón, representara, siendo extranjera, el patriotismo español á la manera de María Pita, y siendo reina, la igualdad republicana.

Aunque ausente el esposo, contesta y chicolea de paso á su mujer, como reza el texto que sigue:

«Si no te lo sabes, oh hermosísima entre las »mujeres, sal, y ve tras de las huellas de los re- »baños, y apacienta tus cabritos junto á las ca- »bañas de los pastores. A mi caballería en los »carros de Faraón te asemejé, amiga mía.»

Esto de comparar una mujer á una yegua uncida á un carro egipcio, lo encuentro un poco irrespetuoso para una buena moza, por arrogante que sea la yegua; pero los comentaristas católicos se deshacen en loores al profeta que adivinó que la Iglesia había de ser como la tal yegua, cosquillosa y acoceadora. ¡Allá ellos!

Siguen los chicoleos.

«Hermosas son tus mejillas, así como de tórtolas»: (¡vamos! sería que esta moza morena gastaba patillas. De otra suerte no resulta la comparación.) «Tu cuello como collares de perlas.» (Tampoco le hallo gracia á este decir, á pesar de las exegesis de los hebraizantes admiradores de este cantar). «Cadenillas de oro haremos para ti: nieladas de gusanillo de plata.» No está mal el obsequiar con estas cosas á una moza amable y dadivosa.

La novia, entusiasmada ya por sí misma, se enardece con lo del gusanillo de plata, y grita:

«Cuando estaba el rey en su reclinatorio, mi »nardo dió su olor. Haccito de mirra es mi ama- »do para mí, entre mis pechos morará. Racimo »de cipro es mi amado para mí, en las viñas de »Engalddi.»

Como se ve, la moza se derrite, y, bien sea la Iglesia, bien la hija del rey de Egipto, bien otra cualquiera, hay que convenir en que lo entendía, al colocar á su amado, como si fuera un clavel, entre sus pechos. Es donde mejor se descansa.

Habla ahora el mancebito:

«¡Oh! ¡qué hermosa eres tú, amiga mía! ¡oh »qué hermosa eres tú! tus ojos de palomas!

Ojos de pájara no me gustan.

Habla ahora ella.

«¡Oh! ¡qué hermoso eres tú, amado mío y gra- »cioso! ¡Nuestro lecho es florido! los labrios de »nuestra casa de cedro, los artesonados de ci- »près.»

No me extraña que; teniendo un lecho florido, y un temperamento tan ardoroso, sea la esposa la que haya reparado en los artesonados de la habitación. ¡Sería á lo que estaría siempre mirando!

Con esto da fin el capítulo primero que lógicamente desenvuelve una escena que, empieza pidiendo un beso y concluye mirando al techo la sulamita, mote ó nombre de esta buena moza

que los católicos quitándosela á Salomón, entregaron por esposa á su señor Jesucristo, inocentísimo varón que jamás anduvo en semejantes belenes.

CX

Era una buena costumbre de los antiguos hebreos pasar, cuando se casaban, siete días y siete noches de continuada juelga, rodeados de amigos y amigas el novio y la novia, que por fuerza habian de acariciarse á hurto de la compañía. Estos hurtos sabrosísimos parece que son lo que se canta en este *Cantar de los Cantares*, según los más despiertos comentaristas, más ó menos católicos. El hurto de la primera noche, de que habló el capítulo primero, continúa en el segundo, diciendo inmodestamente de sí el esposo:

Yo flor del campo, y lirio de los valles, en que veo, amén de la inmodestia, cierta contradicción, pues si con lo de flor del campo se quiso llamar selvático, con lo de lirio de los valles parece que se compara á los gomosos de nuestros días en lo endebles y peripuestos. Añade, que, *como lirio entre las espinas, así mi amiga entre las hijas*; y si con ello quiso expresar que su novia era cosa excepcional y suave, podía haber hallado mejor comparación, sin necesidad de hacer crecer á los lirios entre los espinos. Ella habla con un poco más de propiedad al chicolear á su marido.

«Como el manzano—dice—entre los árboles
»de las selvas, así mi amado entre los hijos. A
»la sombra de aquél, á quien yo había deseado,
»me senté: y su fruto dulce á mi garganta. Me
»introdujo en la cámara del vino, ordenó en mí
»la caridad. Sostenedme con flores, cercadme de
»manzanas; porque desfallezco de amor. La izquierda de él debajo de mi cabeza y su derecha
»me abrazará.»

Doy fe pública y solemne de que la sombra de los manzanos es excelente para dormir la siesta. Acabo de hacerlo en una hamaca, que cuelga de dos de estos hermosos frutales, y, por más que nadie me ha tenido la cabeza sobre su brazo izquierdo, ni nadie con su derecho me ha abrazado, digo que la sulanita sabía lo que se pescaba, ¡Carambita con la niña! Y ¡cómo le gustaba dormir las sietas! El golpe de decir que le fué dulce el fruto de la garganta, sin señalar cual de ellas, es de primer orden, literariamente hablando, pues dejó á oscuras á los católicos acerca de la cosa que en la Iglesia corresponde á esto donde sentia el gusto de la sulanita.

La cual al echarse á dormir dice á sus amigas oportunamente.

«Conjúroos, hijas de Jerusalem, por las corzas
»y los ciervos de los campos, que no levantéis,
»ni hagáis despertar á la amada, hasta que ella
»quiera.»

No seré yo el que grite á la Santa Iglesia, de que es católico emblema esta buena dama, para que se despierte; antes la dejaré que, amodorrada en brazos de D. Carlos, pase de su sueño libidinoso al sepulcro, sin nuevas guerras ni alborotos.

La sulanita se despierta al fin, se halla sin su marido en la cama, y se pone á soñar despierta con él. Así explican los que algo saben, las siguientes palabras:

«La voz de mi amado, vedle que viene saltando por los montes, atravesando collados: semejante es nuestro amado á la corza y el cervato.
»Vedle que él mismo está tras nuestra pared,
»mirando por las ventanas, acechando por las celosías. He aquí mi amado me dice: levántate,
»apresúrate, amiga mía, paloma mía, hermosa mía y ven. Porque ya pasó el invierno, se fué la lluvia y se retiró. Las flores parecieron en
»nuestra tierra, el tiempo de la poda ha venido:

»la voz de la tórtola se ha oído en nuestra tierra: la higuera brotó sus brevas: las viñas en »ciernes dieron su olor. Levántate, amiga mía, »hermosa mía ven: paloma mía, en los agujeros »de la peña, en la concavidad de la albarrada, »muéstrame tu rostro, suene tu voz en mis orejas: porque tu voz es dulce y tu rostro hermoso—Cazadnos las raposas pequeñas que asuelan las viñas: pues nuestra viña está ya en »cierne.—Mi amado para mí, y yo para él, que »apacienta entre los lirios.—Hasta que sople el »día y declinen las sombras. Vuélvete: sé semejante, amado mío, á la corza y al enodio de los »ciervos sobre los montes de Bether.»

He querido copiar de un tirón todo este hermosísimo desvarío de la sulanita, para que todas las personas de buen gusto admiren, sin comentarios, sus excelencias literarias, que reputan á su autor de un grande y egregio poeta; y para que cesen esos necios de católicos, ante semejante elocuencia y tan delicados detalles, de emporcar este texto con ridiculeces místicas, en que la Iglesia se presenta quejándose torpemente de la ausencia de Jesucristo.

Mas como la sulanita era morena, y quizá también patilluda, según tengo indicado, no se contenta con vanas quejas, sino que agarrándose al positivismo matrimonial, aparece en el capítulo tercero en busca de su marido, con ansias y ardores propios de una idiosincrasia puramente erótica.

«En mi lecho por las noches—exclama—busqué al que ama mi alma: le busqué y no le hallé. Me levantaré, y daré vueltas á la ciudad: por las calles y por las plazas buscaré al que ama mi alma: le busqué y no le hallé. Me hallaron los centinelas, que guardan la ciudad: ¿Vistéis por ventura al que ama mi alma?—»Cuando hube pasado de ellos un poquito, hallé al que ama mi alma: yo le así; y no le dejaré

»hasta que lo meta en la casa de mi madre, y »en la cámara de la que me engendró.»

La escena es de lo más bello, literariamente hablando, y de lo más puerco, hablando en místico; pues si una esposa enamorada, á quien se le larga el marido á jugar al tresillo, ó á pasar la noche en juegos menos inocentes, está bien que vaya toda temblorosa y desolada á buscarle; la Iglesia no inventada que, por meter al Cristo no nacido en su cama, pasara las fatiguitas que aquí se describen, amén de bufa iglesia, resultaría, de representar algo, la representación viva de aquellos frailes y monjas libidinosos, que tan excelentes huelgas corren en *Los Secretos de la Confesión* de mi amigo Miralta.

Y hasta de comentario, y volvamos al sabroso texto, en que la sulanita, después de meter á su marido en casa y tenerle bien abrazadito, encarga á este que pida los dejen dormir á pierna suelta.

Habla él:

«Conjúroos, hijas de Jerusalem, por las corzas »y por los ciervos de los campos, que no des- »pertéis, ni hagáis recordar á la amada, hasta »que ella quiera.»

Está bien, caballero, está bien: pueden ustedes dormir cuanto bien les parezca. Mas él, en vez de dormir en el epitalamio, sigue hablando de esta notable manera:

«¿Quién es esta que sube por el desierto, como »varita de humo de los aromas de mirra, y de »incienso y de todo polvo de perfumero?»

Hallo hermosísima esta manera de decir, para expresar la gallardía, y la gracia, y la suavidad de una buena moza. Ahora, que los presbíteros, que quieren en sus bárbaras é insustanciales explicaciones que esta buena moza sea la Iglesia católica, piensen lo poquísimo que á los librepensadores nos ha de costar deshacer en aire incoloro, inodoro é insípido su *columnita de humo*,

La misma sulanita, medio adormilada ya, habla, respondiendo á esta *flor* de su marido, y dice:

«Ved aquí que el lecho de Salomón lo redean sesenta valientes de los más fuertes de Israel... »Litera hizo para sí el rey Salomón de maderas »del Líbano: sus columnas hizo de plata, el reclinatorio de oro, la subida de púrpura, lo de en »medio lo cubrió de amor por las hijas de Jerusalen.»

Donde dice *litera* lee tálamo, y estarás en lo cierto, y comprenderás la razón de por qué llamamos sabio al rey Salomón, que se hizo una cama soberbia, en que lo de menos es el oro, la plata y la púrpura, y en que el mérito está en aquel medio que cubrió de amor para las hijas de Jerusalen. ¿No se te hace la boca agua, lector discreto? ¿Comprendeis bien el empeño de la sulanita de llevar al rey á aquel *medio*?

Pues cosa tan clara y tan bonita la han enturbiado y ridiculizado los católicos, empenándose en que todo es una figura retórica. ¡Vaya una retórica y vaya unas figuras que empleó el Espíritu Santo! en que las *columnas de plata* de esta cama de matrimonio representan los *Apóstoles*, sin que falte entre ellos Pedro el calvo; el *reclinatorio*, la fe, que hace los santos tontos; la *púrpura*, la sangre de los *mártires*; y el famoso *medio*, cubierto de amor para las hijas de Jerusalen, es el mismísimo *Jesueristo*, sobre cuya asendereada persona, figúrate tú, lector, las figuras que haría Salomón con las hijas de Jerusalen.

Si esto no fuera el barbarizar metafórico, elevado á la tercera potencia, ¿habría en el mundo asnos á quienes los presbíteros, más ó menos jesuitas, enalbardaran de católicos?

CXI

Así que al rey Salomón le habla esta egipcia

patilluda del *medio* de la cama, cubierto de amor para las hijas de Jerusalen (que es un decir, pues allí también había ido á parar esta probable hija de Ménfis ó de Tébas), el bueno del rey, más vivo que un carbón encendido, tira de la camisa de su amada y nos la enseña al desnudo, componiendo un pisto literario incandescente, que á más de cuatro frailes nuevos, de aquellos admiradores de los maridos de la famosa Tamar, dejó reducidos á los puros huesos y turulatos del cerebro, como diz que deja el aguardiente alemán.

Dice así.

«¡Qué hermosa eres, amiga mía, qué hermosa eres! Tus ojos de palomas, sin lo que está »oculto por dentro.»

Ya he dicho que no me agradan los ojos de pájara en una mujer, aunque la pájara á cuyos ojos ellos se asemejan sea una paloma. No dudo que los de la sulanita fueran lindos, la que no hallo linda es la comparación. Mas lo ridiculo é ininteligible de ella es el rabillo ese de lo que *está oculto por dentro*. Aquí hay indudablemente un gazapo de traducción, que constituye un motivo más de desconfianza y burla hacia la palabra del Espíritu Santo, que siendo infalible, resulta tartajoso é inaguantable en castellano. ¡Pobre palomo... desplumado!

«Tus cabellos—continúa—como manadas de »cabras, que subieron del monte de Galaad.»

Comparar el pelo de una hermosa á una manada de cabras, en que las habría de varios colores, es dejarnos á oscuras respecto del color del mismo, de sus dimensiones, de su suavidad, de su rigidez ó ensortijamiento, etc., y barbarizar en cuernos. Uno de ellos para la Santa Iglesia, fiel imagen de esta sulanita, y tan cabra como ella en cuestión de pelo, pues rapadas llevan las cabezas y las barbas sus presbíteros, aquí en España, pues en otras partes la moda

los hace barbudos y peludos, pero no menos tunos que los pelados.

Y vamos adelante con la descripción.
«Tus dientes como manadas de trasquiladas, que subieron del lavadero, todas con crias mellizas y no hay estéril entre ellas.»

Esto de comparar los dientes de una muchacha á una manada de ovejas trasquiladas, sin decir si ellas son blancas ó negras, á pesar de la precaución de presentarlas lavadas, es una de las majaderías literarias más grandes que ha producido el ingenio humano á través de los siglos, y sólo se concibe andando en el ajo el señor Espíritu Santo y los traductores latinos de la *Biblia* hebrea, que andaban á media ración de latin y otra media de hebreo.

«Como venda de grana tus labios, y tu hablar dulce.» Vean ustedes, caballeros algo que tiene propiedad y puede pasar sin carcajada. «Como cacho de granada, así son tus mejillas, sin lo que por de dentro está oculto.» ¡Cacho! ¡Cacho! ¡Vaya una palabreja poética! Del rabo del de dentro... ¡desollarle!

«Tu cuello como la torre de David, que está fabricada con baluartes: mil escudos cuelgan de ella, toda armadura de valientes.» Miren ustedes, señores, que comparar el cuello torneado, suave, carnoso, flexible, quizá con tres papadas, como alguno que yo me sé, á una torre de una fortaleza, tiene tres pares y medio de bemoles en punto de algarabía y disparate. Y que esta barbaridad la conjuguen los intérpretes, diciendo que este cuello formidable y lleno de escarpas para la cuelga de los escudos, representa á los doctores y pastores cristianos, es el colmo en el arte de tomar el pelo al género humano.

Atención ahora, que vuelve el *ju, ju, ju.*

«Tus dos pechos, como dos cervantillos mellizos de corza, los cuales apacientan entre lirios.»

Ni entro, ni salgo, en la propiedad de la comparación; sólo noto que Salomón comienza á tirar de la camisa de su mujer, y que los intérpretes místicos han encontrado en ella motivos para pornografías que hacen la boca agua, diciendo uno de ellos que la soberana belleza de esta imagen de los cervantillos mellizos está en las ganas que despierta de pasarles las manos por los lomos. Los jesuitas del *ju, ju, ju* explican rigurosamente que estos dos cervantillos del manoseo son el amor de Dios y el del prójimo. Lo mismo hubieran podido demostrar que uno es el pilón de la Puerta del Sol y otro el mar de Ontigola; pero esto quizá no les hubiese producido esas millonadas que ahora están gastando en soberbios colegios en busca de otras millonadas. Y como para ellos, como para los alguaciles de *Chorizos y Polacos*, el cobrar es lo que interesa, de aquí que no hayan buscado estas explicaciones acuáticas.

Doy un saltito de ocho líneas de ripio geográfico, en que se corona á una mujer con las cumbres de tres montes, y leo:

«Llagastes mi corazón, hermana mía, esposa, llagaste mi corazón con el uno de tus ojos, y con la una trenza de tu cuello.»

Cosa que, de referirse á una mora de esas que todavía se topan en Tarifa, que no enseñan más que un ojo de la cara y una de sus trenzas, encuentro muy natural, pues cristiana (en cuanto el bautismo la constituye) conozco yo que en un solo ojo tiene bastante artillería para rendir los ejércitos de Molke.

Después se vuelve á los cabritillos, digámoslo así, y los acaricia en la siguiente forma:

«¡Cuán hermosos son tus pechos, hermana mía esposa! ¡Hermana! ¡Esposa! ¡Si sería Salomón uno de tantos FILOMENOS! ¡más hermosos son tus pechos que el vino; y el olor de tus perfumes sobre todos los aromas!»

Dejo en dudas la delicada y trascendentalísima cuestión de si estos *perfumes* son la mirra é incienso con que andan los monaguillos y se lucran los sacristanes, puesto que aquí, por lo que se lee, claramente habló el Espíritu Santo de la Iglesia, ó los naturales y propios olores del sudorcillo y demás humores de la sulanita. De quien sigue diciendo su marido y hermano:

«Panal, que destila, tus labios, ¡oh esposa!
»(¡gananas entran de dar un lamisquión); miel y
»leche debajo de tu lengua; ¡vava unas curiosi-
»dades que se permitía el caballero Salomón!) y
»el olor de sus vestidos como olor de incienso
»(¡vamos, la presumida princesa perfumaría sus
»cofres!)

Como se ve, aquel que no declare y confiese que aquí, estos pechos, estos melosos labios y esta lengüecita que sabe á miel con leche, no son cosas místicas, eucarísticas, teológicas y metafóricas, que indefectiblemente se refieren á la Iglesia, merece una albarda forrada de pellejo de burro, pues mayor claridad no se obtendría ni aunque el sol, la luna y las estrellas luciesen juntos y á la vez en una catedral.

Pudieran creer algunos que esto era un puro decir, un propósito, una intención erótica de tantas como en intenciones se quedan, pero la sulanita y Salomón, que no eran partidarios de dejar entender las cosas, continúan explicándose así:

ELLA. «Venga mi amado á su huerta, y coma
»el fruto de sus manzanos.»

EL. «He venido á mi huerto, hermana mía,
»esposa, he segado mi mirra con mis aromas; he
»comido panal con mi miel, he bebido mi vino
»con mi leche.

Llamar á una mujer huerto, y luego decir que ha segado la yerba del mismo; decir que los labios de una mujer parecen un panal, y luego manifestar que se ha zampado la miel; explicar que

debajo de una lengua hay miel con leche, y después confesar que se ha paladeado tan rico licor, parecen claridades que todo un curso de *ju, ju, ju* jesuítico no consiguen elevar á la categoría mística, ni poniéndoles debajo la catedral de Córdoba, que hicieron moros para que sea explotada por ganapanes cristianos.

Ahora, como en los libros sin pies ni cabeza, viene una escena aparte, de color subidísimo, sin que el autor advierta nada, ni los traductores se hayan cuidado de reparar el descuido del Espíritu Santo. Yo, en mi afán de iluminar entenebrecidos cerebros católicos, diré honradamente, que lo que sigue, de lo más bello que en el mundo se ha escrito, es un canto en que la sulanita da cuenta, con exquisito sentimiento, de sus aventuras, cierta noche de las primeras de sus bodas. Y no advierto más, porque el que más advertencias necesite, que la lectura del propio texto, nació para católico, enfermedad que, como las hernias del entendimiento, no tiene cura.

Oído á la sublime poesía.

«Yo duermo, y mi corazón vela: la voz de mi
»amado que toca: Abreme; hermana mía, amiga
»mía, paloma mía: mi sin mancilla: porque mi
»cabeza llena está de rocío, y mis guedejas de las
»gotas de las noches. Despojéme de mi túnica,
»¿cómo me la vestiré? lavé mis pies, ¿cómo me
»los ensuciare? Mi amado metió su mano por el
»resquicio, y á su toque se estremecieron mis en-
»trañas. Levantéme para abrir á mi amado: mis
»manos destilaron mirra, y mis dedos llenos de
»mirra muy probada. Abrí á mi amado el pesti-
»llo de mi puerta: mas él se había desviado, y
»había pasado adelante. Mi alma se derritió luego
»que habló: lo busqué, y no lo hallé: lo llamé, y
»no me respondió. Halláronme los guardas, que
»rondan la ciudad: me hirieron, y me llagaron;
»lleváronme mi manto los guardas de los muros.
»Conjúroos, hijas de Jerusalem, si halláreis á

»mi amado, que le aviséis, que de amor desfa-
»llezco.»

«¿Cuál es tu amado más que los amados, ¡oh
»la más hermosa de las mujeres? ¿Cuál es tu
»amado más que los amados, porque así nos con-
»jurastes?»

«Mi amado es blanco y rubio, escogido entre
»millares. Su cabeza oro muy bueno: sus cabellos
»como renuevos de palmas, negros como el cuer-
»vo. Sus ojos como palomas sobre los arroyuelos
»de las aguas, que están lavadas con leche y sen-
»tadas junto á corrientes muy copiosas. Sus me-
»jillas como.....»

Corto aquí, por no ensuciar este hermoso trozo con desastradas comparaciones, si propias de los hebreos y de los tiempos de Salomón, inaguantables hoy á nuestro gusto literario, como esta de: «es su vientre de marfil, guarnecido de zafiros.» Y paso á decir que, en mi excomulgadísimo concepto, de haber el Espíritu Santo inspirado este cantar, este buen señor era un guasón de primera fuerza, que quiso dar dentera á todas las monjas habidas y por haber. ¡Puede darse, en efecto, cosa más propia para hacer rabiarse á una de esas mastuerzas de las tocas y de las rejas, que leer esa bellísima descripción de una mujer enamorada, que siente estremecerse sus entrañas al meter su novio la mano por el resquicio de la puerta, con objeto de descorrer el pasador que ella, desnuda y limpia, duda de correr por no enfriarse y ponerse sucia?

¡Ah! desventuradas del encierro claustral, que por lo general, ni compasión merecéis; rabiad, pasad dentera, eructad vuestro histerismo, aguantad vuestra amarillenta y flatulenta hinchazón, oled á humedad, y... contentáos con el cuchicheo del jesuita que os envaha la cara por la rejilla del confesonario. Al leer este cantar, pensad, como os dicen vuestros predicadores, que todo ello es místico y eucarístico, y reiros primero de

vosotras, y después con carcajada histórica del mundo; el Espíritu Santo lo quiso así, al pasaros esta miel por los labios, diciéndoos á cada una: lo verás, pero no lo catarás. Este buen señor, que llamó yegua á la sulanita, os escogió para mulas del carro en que pasea la estupidez católica sus vanidades por el mundo. ¡Mulas! Dura es la palabreja, pero no la borro. Ella mejor que otra cualquiera honra vuestra estéril naturaleza; pues no sé de cierto que haya parido otra que una que montaba cierto obispo de Córdoba.

CXII

Acabados estos hermosísimos chicoleos de la novia al novio, comienzan otros del novio á la novia, porque todo el cantar es un rosario de palabritas amorosas, que acaban como es debido, y lógico y natural que acaben estas cosas; quitando las telarañas de los ojos á esos infelices catoliqueros, á quienes tomaron el pelo los concilios con explicaciones místicas en latín, y se le rizó en castellano el padre Scio de San Miguel, poniendo á un original cortísimo, cien veces más palabras de anotación que empleó el autor para explicar sus abrasadoras ansias y sus repetidos ataques á la sulanita.

«Hermosa eres—la dice,—amiga mía, suave y
»graciosa como Jerusalen; terrible como un ejér-
»cito de escuadrones ordenado.»

Verdaderamente que una mujer hermosa, cuando se viene hacia nosotros acometiendo, es más terrible que un ejército; pero que á Jerusalen le llame Salomón *suave y graciosa* ciudad, es un abuso del patriotismo hebreo; porque consta que este poblacho, célebre por haber hecho creer á una infinidad de tontos, que uno de tantos rabinos como asesino, era el mismo Dios en su segunda persona, no tiene nada de suave, y menos de gracioso. A Eliseo Reclus me atengo, y no al